PRIMER DOLOR Y GOZO

Temores.—La Encarnación.

> Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam, quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.
>
> José, hijo de David, no temas recibir á María tu mujer; porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo.
>
> (S. Mateo, I, 20.)

Totam vitam miscet dolor et gaudium (1): todo el tiempo de nuestra vida es mezcla de dolor y alegría, dice un poeta de aquellos tiempos en que por todos los caminos se andaba tras el placer, porque la creencia en la eterna bienaventuranza era vaga y ridícula, como sus groseras divinidades; y á pesar de las termas regaladas, de la salvaje alegría de los circos y de las escandalosas bacanales celebradas en honor de los dioses, Fedro tenía razón en pintar á la humanidad como una nave llena de miedo, de llanto y de gritos, cuando era arrastrada por la furia de las ondas y de loca y vertiginosa alegría, cuando reinaban vientos favorables.

(1) Phaedri fabularum, liber IV, fab. XV.

Tenía razón en pintarnos esta imagen de la destemplanza en el placer y el dolor; porque aún no había caído, para nuestra redención, sobre la frente de la humanidad la sangre de Cristo derramada en el Calvario, y no se sufrían con paciencia las multiplicadas desgracias que llovían sobre la tierra, ni era de paz el sudor derramado en el trabajo, ni aunque los hombres vivían en las horas más amargas del destierro, se acordaban en sus goces que eran los desterrados del Paraíso. No se les venían á la memoria las dichas de la patria que habían perdido; y cuando las pasiones desordenadas, que son, digámoslo así, los indígenas de esta tierra obscura de destierro, acariciaban sus sentidos y les pedían que entonasen los himnos de su libertad, no asomaban las lágrimas á sus ojos, por encontrarse cautivos, y como si en realidad de verdad fueran libres, holgábanse cantando y banqueteando.

Y cuando estas mismas pasiones, como señoras que eran de los hombres, se volvían contra ellos para atormentarlos é injuriarlos, entonces, como no tenían á Dios de su parte, sumergíalos la tristeza en hondas melancolías, ó eran agitados por la ira con impulsos de fiera ó rugidos de tormenta.

Porque volviendo la vista á aquellos remotos tiempos en que Tebas se alzaba con sus cien puertas y Babilonia era embalsamada con el aroma de sus pensiles, y repasando toda la historia hasta los días en que Nerón cubría las espaldas de tres colinas, de las siete de Roma, con la escandalosa fabricación de su *Casa de oro,* decidme si se pueden dar mayores desenfrenos, ni más grandes liviandades, ni si se pueden juntar más locas alegrías con tristezas más desesperadas, ni más brillantes grandezas con más apenadas miserias en un lugar de destierro.

Vosotros cerráis el libro y no queréis leer las impías desventuras de Semíramis, ni el melancólico suicidio de Safo despreciada por Faón, ni el incendio de Persépolis

llevado á cabo por el famoso Alejandro Magno instigado por las caricias de una mujerzuela, y hasta os mueve César á indignación, cuando para morir compone los pliegues de su toga, porque no levanta los ojos del miserable polvo de la tierra, para acordarse de la otra vida.

¡Pobres ciegos!, que llevados de los impulsos de su corazón, buscaban aquí abajo la verdadera felicidad. ¿Pero dónde, ni cuándo se vió al cautivo alegrarse en la obscuridad de su calabozo? ¿No le habéis visto siempre vueltas las espaldas á sus sombras y asomado el rostro melancólico á las estrechas ventanas de su encierro, seguir con los ojos y con el alma entera la nave que se aleja con rumbo á las costas de su patria?

¡Oh abyecta humanidad pagana!; olvidada de su origen y de su fin, sin trabas para el placer y sin remedio para el dolor, ven conmigo acompañada de tus cónsules y tus ediles y de tus emperadores; ven conmigo á las obscuras catacumbas y verás allí á los desterrados como tú del Paraíso, pero ya redimidos con la sangre del Cordero, cómo están de hinojos llorando é implorando de las entrañas de misericordia del Eterno Padre que sea pronto llegado el día en que dejen para siempre el lugar de su destierro. Ven conmigo al circo de las fieras adonde tú vas á recrear tu espíritu con el tormento de tus hermanos, y verás á los mártires en la arena con qué rostro más risueño y anhelante aguardan á que el tigre abra una puerta en la cárcel de su cuerpo, por donde se escape su alma á toda prisa para volar á las regiones de su patria, que es el cielo.

Pero yo, cristianos, arrebatado por la imaginación, me estoy dirigiendo á una generación cuyos cuerpos son polvo esparcido por el viento de los siglos y cuyas almas fueron ya juzgadas por la eterna justicia. Y es que aquella manera de vivir tiene muchos puntos de contacto con la vida que ahora llevan muchísimos cristianos apartados de la gracia; y por eso creía yo, al dirigirme á aque-

lla generación extraviada, que estaba hablando con los pecadores de la nueva ley, olvidados en un todo del fin para que fueron creados.

Quiero, pues, en estos sermones, en que hablaré de los dolores y gozos del Patriarca San José, traeros á la memoria y á la inteligencia nuestro fin, para que, imitando al humilde Esposo de María, ni el dolor nos desespere, ni el placer nos rebaje á la condición ruin de las bestias.

Y como el *primer dolor y gozo* de este santo custodio del Hijo de Dios es el temor y la perplejidad por ver el embarazo de María y el inefable consuelo que recibe del ángel, que le habla de la Encarnación divina, veamos cómo José se aviene con este dolor y con este gozo, para seguir sus senderos. *Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam, quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.*

AVE, MARÍA.

I

Temores.

Texto ut supra.

El fin último y principal del hombre es Dios; porque Dios nos ha dotado de un corazón que no se satisface con los goces que de la materia puedan resultar; y nos ha dado una inteligencia que no ve colmada la medida de sus deseos en los placeres espirituales, dichas vanas del pensamiento. Por eso estamos siempre pensando en alegrías mayores, que allá á lo lejos unos, y de cerca otros, vemos que son la eterna bienaventuranza. Y es que detrás de todas las cosas creadas y finitas, vemos, á pesar nuestro, al infinito Creador. Y locos é insensatos, cerramos los ojos, buscando la felicidad en cosas hechas de tierra. Pero es en vano, porque es hidrópico nuestro corazón y no se sacia, y sin medida nuestra inteligencia y no se llena, y como es uno nuestro fin, como es uno nuestro Dios, de aquí el desasosiego del espíritu y la intranquilidad del corazón.

Hijos de los hombres, diré yo ahora con el real Profeta, *¿hasta cuándo seréis de pesado corazón* (1)? *¿Por que amáis la vanidad y buscáis la mentira*? ¿No sabéis que esta vida es como una flor que por la mañana se abre y á la tarde se marchita? ¿Por qué corréis tras de esa sombra de felicidad, que jamás podrá alimentar vuestro espíritu? ¿Por qué, si palpáis con las manos la mentira hueca de esos

(1) Psalm. IV, 3.

fantasmas nocturnos, no abrís los ojos para ver y despreciar?

Caducas son, dice San Cipriano, *todas las cosas llenas de galas y atavíos, y no dan firmeza estable á sus poseedores, porque no son verdadera posesión* (1). Sí, hijos de los hombres, que estáis tan engreídos con vuestras honras, con vuestras riquezas, y tan embebidos en vuestros placeres, todo lo que poseéis fuera de Dios es mentira, todo lo que andáis buscando que Dios no sea es vanidad. Ahora caminamos á la opaca luz de las estrellas; presto brillará el sol del desengaño, y veremos todas las cosas como son en sí; esto es, caducas, deleznables, perecederas.

Así las vió José de Nazaret; así las vió aquel descendiente de David, que llevando sangre real en sus venas, se dió por satisfecho con su pobreza y no codició hacienda, ni vestidos cortesanos, ni deseó puestos de honor, ni buscó por ningún camino, ni aun por el invisible de las ilusiones, aquellos placeres de que tan henchidos suelen estar los palacios de los reyes. Entregó su corazón á Dios, como el ave se entrega á los aires, y el pez á la anchura de la mar, y el león á la soledad de las selvas. Entregó su corazón á Dios, y todas las cosas de la tierra no fueron poderosas para robarle una centellica de aquel amor con que se consagró al Eterno. Por eso, por gracia especialísima desconocida en aquellos tiempos, en que aún no había resonado por el mundo la voz de la verdad encarnada, ofreció á Dios perpetua virginidad.

José era justo y santo, y predicando Gersón de la Natividad de Nuestra Señora en presencia de los Padres del Concilio de Constanza, se atrevió á decir, sin miedo á ser desmentido, que *se podía creer piadosamente que San José*, como San Juan Bautista, que sólo fué precursor del Señor, *había sido santificado en el vientre de su madre*. Por

(1) Lib. II ep., ep. 2 ad Donatum.

eso pudo ser virgen y lo fué; y nunca hubiera consentido la Virgen por excelencia, en el matrimonio con José, si con luces de arriba no se le hubiera asegurado su santidad excelsa y el voto de perpetua castidad con que se consagró al Eterno. Por eso San Agustín no duda en comparar la virginidad de José con la de María (1). *Habet Joseph cum Maria communem virginitatem.* Y el Cardenal San Pedro Damiano cree tan ahincadamente que San José fué siempre virgen, que pone esta verdad entre aquellas de las que no es lícita la duda. *Ecclesiae fides in eo est ut non modo Deipara sed etiam putativus pater atque nutricius virgo habeatur* (2).

Celebráronse en Jerusalén los Desposorios, en los cuales, como lo explica el célebre Gersón, no tanto fueron dos esposos, cuanto dos virginidades, las que contrajeron matrimonio. *Virginitas nupsit* (3).

No hubo, ni puede haber en el mundo, matrimonio más dichoso, porque nadie pudo, ni podrá superar á estos cónyuges en santidad. ¿Quién más santo que María, si Ella jamás fué contaminada con la mancha del pecado? ¿Quién más santo que José, si Dios puso bajo su custodia la inmaculada santidad de María?

¡Cuántos bienes aportó esta santidad al matrimonio! Ella hizo todos los presentes, llenó de dichas el hogar y confirió todas las dignidades; porque si María recibió con José el escudo de su virginidad y la defensa perpetua de su honor, José alcanzó con María la dignidad más poderosa y augusta de la tierra por ser esposo suyo. *Virum Mariae*, dice San Juan Damasceno, arrebatado de admiración: *hoc est prorsus ineffabile et nihil praeterea dici potest*. Esposo de María: esto es lo sumo de lo inefable, porque ya no se puede decir más.

Santo Tomás piensa con aquella vivísima inteligencia

(1) Sermón 25 de Diversis.
(2) Epist. 2, ad Nic. Pap.
(3) Opus conjug. Mar. et Jos.

de ángel que tanto supo aquilatar todas las cosas, y de una manera singular aquellas, que nada tuvieron que ver con los lazos de la carne, que inmediatamente después de los Desposorios, renovaron los dos santísimos esposos espontáneamente y de común consentimiento el voto de perpetua castidad, considerando que dos personas tan santas no podían dispensarse en un acto de religión tan perfecto (1). Verificóse después la Anunciación del ángel San Gabriel á María, y la santa Encarnación del Verbo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen, advirtió José el estado de su esposa, y una amarguísima melancolía se apoderó de su corazón.

¿Fué la amargura de la desconfianza? ¿Fué la tristeza de los celos? ¡Oh! No; de ninguna manera. Los celos arrebatan, los celos enloquecen, los celos desesperan; y José no pierde la tranquilidad de su alma, ni siente el desorden en su razón, ni ejecuta acciones de desesperado. Los celos rompen la paz del hogar, desconfían de la honradez piadosa y se tornan iracundos y atrevidos contra la persona amada; y el hogar de José es la casa del justo, donde todo anda ordenado y en su lugar; no es su corazón mordido por los dientes venenosos de la duda; ni sus labios se han desmandado con insinuaciones de injurias. ¿Ni cómo se habían de desmandar? Si San Dionisio Areopagita dice *que si la fe no le hubiera enseñado que había un solo Dios, cuando vió á la Virgen Nuestra Señora, pensara que en ella estaba perfectísimamente toda la Divinidad,* José, que por tanto tiempo compartió con María su hogar y fué testigo de su honestidad, de su pureza, de su temor de Dios, y mirado por aquellos inocentes ojos, que hacían germinar en el corazón las flores de todas las virtudes angélicas, ¿cómo había de abrigar, ni por un momento, en su pecho la duda de su santidad, ni sus labios se habían de atrever ni aun á la in-

(1) Oratio de Nativit. Virg., 3 part., quaest. 28, artis 4.

sinuación de la injuria? ¡Oh ruin lengua de tierra la nuestra, que no sabe hablar de cosas tan altas, sino afeándolas con la comparación de nuestras mezquinas pasiones!

En nuestro terreno corazón encuentran guarida los recelos que engendran la sospecha, la sospecha melancólica y amarilla, que concibe la duda en sus entrañas, y la duda desmelenada y colérica, que aborta la horrorosa tempestad de los celos. En los seres privilegiados escogidos por Dios para el cumplimiento de sus designios infinitos, en aquellos seres, preservado el uno de la mancha del pecado original y santificado el otro en el seno de su madre, las cosas pasan de distinta manera. Si la melancolía se apodera del corazón de José, al advertir el estado de su Santísima Esposa, no es la duda engendradora de aquella melancolía, sino que teniendo, como tenía, un concepto superior de la altísima santidad de aquella Reina de ángeles y Señora de todas las virtudes y dominaciones, se inclinó á creer, dice San Bernardo, que era sin duda alguna aquella doncella de quien dice Isaías (1) que había de nacer el Salvador del mundo. Creyólo así, y movido de aquel humilde respeto, que andando el tiempo obligó á decir á San Pedro: *Señor, apartaos de mí, que soy un gran pecador* (2), pensó en dejar á su Esposa María.

Y aquí entra el dolor y la amargura, que viste su corazón de luto y torna melancólico su rostro. ¿Cómo dejar aquella fuente de virtud y espejo de celestial hermosura? ¿Cómo dejar aquel corazón humilde, sufrido, magnánimo, germinador de todos los aromas de las flores, donde tantas virtudes aprendió? ¿Cómo dejar aquella Virgen inocente sola y en aquel estado, para que se atrevieran á su santidad todas las ruines maledicencias? ¿Ni cómo quedarse en su compañía, si esto era presumir harto de

(1) Cap. VII.
(2) Luc., V, 8.

sí, teniéndose por digno de merecerla? Y esta idea, dice San Bernardo, pues suyo es el pensamiento sobre el que venimos discurriendo, no es singular sentencia mía, que es el común sentir de los Padres de la Iglesia. *Non meam sed Patrum sententiam* (1).

¿Que por qué calla María, pudiendo disipar con una sola palabra aquel nublado de tristeza, que ella debía observar en el rostro de José? Porque los misterios de Dios á Dios solo es dado revelarlos. Hablar y revelar el secreto de la Encarnación de Dios en sus entrañas, hubiera sido arrogancia y vanidad. Decir María con sus propios labios que era la Madre de Dios, era cosa que no cuadraba bien en aquella Virgen humildísima, que al sentir en sus entrañas al Verbo de Dios humanado, se anonadó ante el acatamiento divino, y sólo quiso ser su esclava (2). Ser Madre de Dios era obra de la divina *misericordia,* que brilla *de generación en generación sobre los que le temen* (3), y solo Dios debía comunicarlo á José, cuando le pluguiera, por ministerio de los ángeles.

Dios acrisola al justo en la tribulación, pero no le desespera el alma con pruebas insuperables. Y como José fué justo, no fué su amargura el acibar de la desconfianza, sino la pena de dejar la propia imagen de la virtud, mucho más honda que todas las otras penas de este mundo, que tienen su origen en la pérdida del placer, que se disipa como la espuma de la mar, ó en el acabamiento del amor, tan pronto nacido como muerto.

Ni fué la suya la horrible tristeza de los celos, sino la amargura de la perplejidad, de un lado impulsada por su magnánimo corazón, que se dispone á dejar lo que más ama, por no juzgarse digno de merecerlo, y de otro, alentada por su amor y su caridad, que no quieren dejar sola á la inocencia, ni mucho menos entregarla como

(1) Homilía 25, super Missus est.
(2) Luc., I, 38.
(3) Luc., I, 50.

culpable á las saetas puntiagudas de la difamación, sabiendo que estaba limpia de toda culpa.

¡Oh santa pena de José y santísimos temores, con qué alas más poderosas voláis por encima de las penas y desventuras de este valle de lágrimas y tenebroso lugar de nuestro destierro!

II

La Encarnación.

En medio de estos temores dolorosos, que torturaron su corazón como dos ímpetus encontrados, se le apareció el ángel bendito de sus sueños, y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir á María por tu esposa; porque lo que ha concebido en su purísimo seno es del Espíritu Santo. Y dará á luz un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; porque El salvará á su pueblo. Y todo esto ha sucedido así, para que se cumpla lo que el Señor habló por su profeta, diciendo: *He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, que se llamará Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros.*»

Y despertando José del sueño, inundósele el corazón de gozo. Ya Dios envía el Cordero dominador de la tierra (1); ya están para cumplirse las setenta semanas de Daniel y florecida la vara de Jessé. Y esta vara es María su esposa, sobre la que ya se ha verificado el misterio de la santa Encarnación. Si la sospecha hubiera anidado en el corazón de José, ¡cómo llorarían ahora sus ojos raudales de amargura! ¡Cómo se retiraría avergonzado de la presencia de su santa compañera!

Y no llora, sino que el gozo le llena el alma sin nin-

(1) Isaías, XVI.